

Beatriz Helena Robledo B.

# El otro Simón

Planeta  
Junior



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Departamento de arte Grupo Planeta

Ilustraciones de interiores: © Electrobudista

Diseño de la colección: © Compañía

© 2019, Beatriz Helena Robledo B.

© 2019, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N° 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-7715-2

ISBN 10: 958-42-7715-4

Primera edición: marzo de 2019

Impresión y encuadernación: Printer Colombiana S. A.

Planetao  
Junior *A Guadalupe y Lorenzo*



# I

## LO QUE PASABA ANTES DE LA CAMPAÑA LIBERTADORA





*La noche clara, el cielo cargado de estrellas presagiando  
un amanecer caluroso y el grito ensordecedor de las  
cigarras. Es la imagen de la que Simón echaba mano,  
casi como un talismán, cada vez que lo invadía la  
tristeza al estar lejos de su llano querido.*

## SIE

llamaba igual que el Libertador, aunque este tenía varios nombres: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar, y él uno solo. Pero ese nombre lo hacía sentir orgulloso. Físicamente no se parecían en nada. El Libertador debió haber sido chaparrito de niño, pero con músculos ágiles, y él era alto, delgado y el pelo lacio y negro como el de su madre india. Tenía los ojos oscuros y una mirada inquieta que quería

conocerlo todo. Su padre Manuel, llanero venezolano, se había extraviado por estas planicies de la Nueva Granada en su oficio de domador de caballos. Era él quien le había contagiado su admiración casi devota por Bolívar. En los establos de la hacienda, mientras ensillaba los caballos, le contaba todas las proezas de Simón, el grande. Así llamaba su padre al Libertador. Simón creció con el sueño de verlo en persona. Quería seguirlo por las trochas y caminos, pelear en su ejército. Aunque no sabía usar las armas que olían a pólvora y disparaban balas, sí conocía las mil maneras de manejar la lanza.

No, él no quería domar caballos como su papá, a pesar de que era el mejor de los llanos de Arauca y Casanare. Él iría a caballo manejando la lanza, derrotando al enemigo, sacándolo de la silla hasta tumbarlo.



Simón sabía montar a pelo con riendas de cabuya o de cuero que manejaba hasta con los dientes, lo había hecho muchas veces. Además, cuando le cogía la noche, usaba como cama un cuero de res enrollado en las ancas. Buscó el sombrero de palma trenzada, herencia de su papá. Se lo puso y supo lo que tenía que hacer.

Se había criado en una hacienda cercana al río Arauca. Su mamá y su abuela cocinaban para los señores, y su papá iba y venía domando las bestias de los hacendados. La señora Inés, una dama culta y educada oriunda de la capital, le había tomado cariño a Simón desde muy niño. Le contaba historias de santos y mártires que lo aterraban, pero también le hablaba del barón Humboldt y los hallazgos de la Expedición Botánica. A medida que Simón fue creciendo, doña Inés lo instruyó en las



máximas de la Revolución francesa: “Libertad, Igualdad y Fraternidad”. Le hablaba de Antonio Nariño, quien tradujo los Derechos del Hombre del francés y los divulgó en la imprenta clandestina que había armado con tipos enviados por sus amigos desde España. La señora Inés admiraba secretamente a Nariño, quien decía que la revolución tenían que hacerla con todo el pueblo, y no con unos pocos que gobernaban. Su consigna era “no contar sino con el pueblo”. Doña Inés no podía dejar de lamentar su suerte, pues lo habían hecho prisionero varias veces y lo habían encerrado en las mazmorras de Cartagena.

Esta buena dama le enseñó a leer. Con la escritura no pudo Simón. Fueron muchas las planas que copió, hasta rendirse. Era torpe con las manos cuando se trataba de

hacer cosas menudas. Le pareció la escritura muy lenta para la velocidad con la que él veía e imaginaba las cosas. Físicamente era ágil para la lanza y el zurriago. Era muy bueno arriando el ganado a caballo, y se sabía un canto de vaquería larguísimo que repetía su papá:

¡Eee vaquita, eee!  
¡Vaquita esta es la noche,  
eee!  
¡Vaquita este es el día!  
Ayer apareció, vaquita,  
eeee  
la que estaba perdida,  
eeee...



Pero cuando estaba quieto, prefería concentrarse en los libros que le prestaba la señora Inés. Vivía agradecido con ella. Era una buena maestra y una buena persona. En cambio, todos esos señores que visitaban la hacienda, aunque apoyaban al ejército patriota y hablaban mal de los señoritos del poder en la capital, cuando estaban tomados solían dar gritos de “¡Viva el rey!”. Era entonces todo muy confuso.

Y aunque se suponía que unos años antes, el 20 de julio de 1810, se había dado el grito de independencia de la Nueva Granada, liberándose de España, Simón veía que las cosas seguían iguales, al menos en su tierra. Los indios y los negros eran tratados como esclavos y recibían azotes por una cosa o por otra.

Al papá de su amigo Pedro, vecino de la hacienda, lo habían azotado por negarse a marcar el ganado.

La señora Inés le había contado lo que pasó en la capital esos días previos al grito de independencia. En medio del silencio empezó a oírse un rumor sordo, era el rumor de las gentes más pobres de la ciudad —indios, negros, mulatos—, quienes desde diferentes puntos marchaban hacia el centro. Estaban armados y pedían cabildo abierto, es decir, libertad para decidir su destino.

Le contó también que los criollos que mandaban en la capital se habían enterado de que había órdenes desde España de hacerlos presos, y antes de que esto sucediera, hicieron reuniones secretas en casa del señor Acevedo y



Gómez, uno de los criollos que estaba en el poder. Al descubrir que los vigilaban, decidieron reunirse en el Observatorio Astronómico que dirigía Francisco José de Caldas, el sabio Caldas, como lo llamaron luego. Libros, herbarios, catálogos e instrumentos sirvieron para camuflar el plan revolucionario.

El plan era el siguiente: de España habían mandado a un señor, Antonio Villavicencio, criollo que vivía en la península, para que negociara con los criollos de Nueva Granada. Con el fin de agasajarlo, habían organizado un gran banquete. Planearon provocar a un comerciante español, don José González Llorente, pidiéndole un florero para el convite que le harían a Villavicencio. Se trataba de hacer rabiar al comerciante hasta armar una trifulca y alborotar a la multitud. La plaza estaba

a reventar por ser día de mercado. Decía la señora Inés que habían usado al pueblo para pactar con el rey. Le explicó que los criollos que habían firmado el Acta de Independencia, habían nombrado al propio virrey como presidente de la Junta de Gobierno. Era tal su doble postura que usaban en los sombreros la bandera tricolor en supuesto apoyo a los patriotas, pero en el reverso de la cinta llevaban el nombre del rey Fernando VII. Lo volteaban cuando les convenía.

Después de esto, se había armado una guerra civil entre quienes querían un gobierno centralista —es decir, que desde la capital se ordenara lo que pasaría en el resto del país, con una sola constitución— y los partidarios del federalismo, defensores de que cada provincia se gobernara por su propia cuenta.



Simón no entendía muy bien las palabras de la señora Inés. Le gustaban más las historias de su padre. El oficio de domador de caballos le había enseñado a su padre a comprender lo que se pierde cuando se pierde la libertad. ¡Cómo sufrían los caballos cuando la doma se hacía maltratándolos! Así estaba pasando con los hombres, le decía. La entrada a las casas de los hacendados le mostró la doble cara de los poderosos. Por eso, desde la guerra de 1810 su padre se había unido a los patriotas entregándoles información valiosa para la organización de guerrillas. La posibilidad de entrar a muchas haciendas por la doma le permitía espiar las conversaciones de los patrones.